



COLEGIO DE ARQUITECTOS DE CHILE
Delegación Regional 5a. Región

Homenaje Premio de Honor 1975 Arquitecto Alberto Cruz Covarrubias

Marzo 1976.

F411

La Directiva Regional 5a. Región, del Colegio de Arquitectos de Chile, ha querido hacer este año una información especial sobre el acto de entrega de premios con que el Consejo General de la orden, distingue a los colegiados por sus actividades y obras relativas a la arquitectura y el urbanismo, ya que los principales premios fueron concedidos a arquitectos de esta Delegación.

El premio de honor 1975, que envuelve el reconocimiento público por toda una vida dedicada a la arquitectura fué concedido a Alberto Cruz Covarrubias, profesor de la Universidad Católica de Valparaíso.

El premio de promoción profesional se otorgó a Hugo Rojas Sepúlveda, presidente de la Delegación del Colegio de Arquitectos de Valparaíso.

En mención equipamiento, al arquitecto Oscar Mac Clure Alamos, por el proyecto "Centro de Perfeccionamiento del Magisterio" en Viña del Mar.

En la mención urbanismo, el estudio titulado "Nuevas provincias de Chile" ejecutado bajo el auspicio de CONARA por los arquitectos Ventura González M., Carlos Mena M., arquitecto jefe del Plan Intercomunal de Valparaíso; y Eduardo Browne Soublate.

En un acto solemne efectuado en la sede nacional del Colegio en Santiago, con una gran asistencia de arquitectos, estudiantes de esta Delegación, se hizo entrega de estos premios.

El Consejo de la Orden, pidió al Presidente de nuestra Delegación hacer el discurso de homenaje al Arquitecto Alberto Cruz C., quién lo hizo además como Decano de la Facultad de Arquitectura y Construcción de la Universidad Católica de Valparaíso.

Contesto con un discurso de agradecimiento el profesor Alberto Cruz C.

Ambos discursos los incluimos en esta información, como así mismo un dibujo del arquitecto Sr. Francisco Mendez, Director del Instituto de Arte de la Universidad Católica de Valparaíso, como un acto de homenaje.

VALPARAISO, Abril de 1976.

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL COLEGIO DE
ARQUITECTOS AL PREMIO DE HONOR CONFERIDO AL PROFESOR

ALBERTO CRUZ

Por el Arquitecto Sr. HUGO ROJAS SEPULVEDA.

El Colegio de Arquitectos de Chile, se ha ido construyendo a través de diferentes monumentos; en uno de ellos, hace ya tiempo, Alberto Cruz, defendiendo a un colega, definió el Colegio de Arquitectos; recurriendo a una metáfora, cuyo sentido le es fácil recoger a los arquitectos; dijo que el Colegio es una plaza "Una plaza en que los arquitectos discurren acerca de las repercusiones y resonancias que tiene la continuidad de obrar de ellos en el desarrollo de su vida colectiva".

Al conferírsele el premio de Honor de este año al profesor Alberto Cruz, el Colegio de Arquitectos, es decir todos nosotros, queremos discurrir de la repercusión y resonancia, en esta plaza de su trabajo en el ámbito de la arquitectura.

Tarea difícil para los que la iniciamos por encargo del Consejo, tanto por la vastedad y profundidad de su trabajo, aún no detenido y más aún llevada con una marcha exigente, como por el cuidado de ese pudor inherente que él pone en su tarea.

Pero su pensamiento ha sido publicitado, y queremos recogerlo, en lo que él llama el regalo del testimonio de nuestro tiempo "Canto de los arquitectos", en su escrito sobre la capilla de "Los pajaritos" dice: "Los grandes arquitectos de hoy día con sus obras, con sus doctrinas, con sus teorías y sus congresos, cantan la posibilidad del advenimiento".

¿De qué advenimiento nos habla Alberto?, de aquel que nos ofrece hoy día el potencial industrial y social del mundo, el del mundo de la técnica, la multiplicidad y potencias de medios, que desatan miles de posibilidades, "la magia de la eficiencia" dirá que él recoge entoda sus tareas.

"Canto de los arquitectos" patrimonio de nuestro tiempo, cantando también por otros arquitectos, ordenado por la eficiencia de la renovación y que él quiere integrar en sus obras, integrar todas aquellas invenciones que son manifestación de modernidad.

Esa modernidad de Alberto, que recoge con la sensibilidad tradicional del arquitecto; pero que toma conciencia de los medios de que dispone, los cuales estudia, clasifica, selecciona; recogiendo con una visión propia, el aporte de otras disciplinas, mira, ve y dice cómo y dónde hacerlo. Es una lección de apertura y de escala de trabajo que debemos llevar los arquitectos para sustentarnos como tales.

Este premio conferido al profesor Alberto Cruz, por su labor docente, la que va entroncada a la Escuela de Arquitectura de la Universidad Católica de Valparaíso, por más de veinticinco años, desde la fundación del Instituto de Arquitectura, pasando por distintos períodos hasta el Taller de Ritoque, cuidando durante este largo camino no sólo a la Escuela, sino la Escuela en la Universidad, porque su trabajo lo ha realizado en el ámbito y la institucionalidad universitaria, digamos más aún, lo ha construido y lo ha defendido, porque él cree que es uno de los pocos lugares de América donde se puede dar el estudio, que es su pasión.

Al crear el Instituto de Investigaciones, Urbanísticas y Arquitectónicas de la Universidad Católica de Valparaíso en 1951, inicia una marcha en común, con otros arquitectos, artis-

tas y poetas y en este gran taller colectivo va construyendo su pensamiento arquitectónico. Por eso es difícil muchas veces reconocer en los escritos y obras de la Escuela; si es su pensamiento o la resonancia de él, porque se ha ido produciendo en el tiempo, una unidad tal de pensamiento de estudio, de trabajo común y con algunos, de vida.

Por esto al hablar del trabajo de Alberto se debe partir hablando del maestro, que ha trazado junto a otros un camino que conduzca a crear la obra arquitectónica, a crear la obra de arte arquitectónico, como dice, los principios que informan de la Escuela de Arquitectura.

Como toda verdadera escuela universitaria, ella no nace de esquemas ni de organigramas, ni de necesidades ni de políticas, nace de maestros que son capaces de abrir un mundo nuevo.

Arquitecto, que ha creado su propio ámbito, en una visión poética del mundo.

Maestro capaz de revelar la sensibilidad propia de cada uno de sus discípulos, internándolos en sus propios conocimientos; sacándolos de pseudas confusiones y divagaciones; entregándole armas para hacer reales pasos hacia la arquitectura y no meros ejercicios pedagógicos; dándole una visión que pueda comparecer con fuerza el poder creativo del arquitecto; despertando capacidades plásticas; insertando el pequeño mundo de cada uno, en el mundo cultural contemporáneo; enseñando a "leer en la vida que vivimos todos los días, la realidad profunda de vivir" y buscar la forma de "levantar las obras que ese vivir pide para nuestros días", de estas palabras podemos responder muchos de los que estamos aquí.

Esta enseñanza no sólo ha quedado, en el ámbito del Taller de la Escuela, ni sólo en el de la Universidad sino que ha sido jugada y juzgada por la ciudad, a través de numerosos proyectos

En forma especial por grandes proyectos remodeladores de Valparaíso. "Valparaíso, ciudad que se coloca frente al Océano Pacífico para testimoniar el destino marítimo de nuestra patria" ciudad que él ha cuidado, cuidado su destino de ello dan cuenta las batallas que ha dado por sus circulaciones:

- 1953 Proyecto de Achupalla
- 1969 Avenida del Mar

Ese proyecto de la Avenida del Mar, que daba cuenta de la complejidad de la orilla y su riqueza y que buscaba una manera de llegar a ella, sobre todo a esos barrios sin orilla, sin mar, que la habían ido perdiendo "sólo en razón del menor esfuerzo" como dice el escrito.

No se escuchó la voz de los que velaban por su destino y que a través de una obra arquitectónica querían recuperar la ciudad.

Pero, hoy sus habitantes, por eso decía que sus obras han sido jugadas y juzgadas por la ciudad, al ver esa mole de cemento, a la entrada de Valparaíso, recuerdan esa foto profética del puente capuchino. Y se preguntan por qué no se hizo la Avenida del Mar, los diarios publican cartas pidiendo su demolición, las responsabilidades quedan diluidas; es la ciudad que no tiene conciencia de su destino, y vuelven a dejar abandonada, oculta, mísera e inaccesible la orilla, el borde mismo del mar. La Avenida del Mar pensada como espina dorsal de la ciudad, queda encementada, rígida, paralizando el crecimiento y la

renovación que necesita Valparaíso.

Se ha perdido una batalla, no la guerra y el fundamento de que "El espacio natural meramente edificado de acuerdo a meras funciones permanece como espacio natural"; y que "El espacio natural en virtud de la obra del acto se revela como espacio abstracto", queda en pie.

La Vía elevada, apoyada en meras funciones de tránsito y mediciones de tráfico, no puede responder de ellas.

Apoyado, en la visión de América y del borde del Pacífico, que él tiene, nos hace ver del destino marítimo del Chile y de Valparaíso que como ciudad, quiere dar cuenta de ese destino; preocupación que dan cuenta de sus estudios sobre el Pacífico y el Taller de América y que cuida a través de sus obras y de su actuar, es lo que se llamaría la "curia" del borde; que para Valparaíso es garantía y para nosotros, el aporte real que un arquitecto puede hacer a una ciudad, responsabilidad y labor de los arquitectos, que Alberto Cruz cumple, aportando hacia el Colegio una dimensión de servicio; que hoy reconocemos en este acto.

Pero notado lo que plantea Alberto Cruz, es recibido y menos recogido; yo creo que él tiene conciencia de ello, porque sabe desde donde habla y él sabe actuar, porque lo enseña, desde su propia interioridad, del propio irreductible como él diría. No tiene necesidad de recurrir a las astucias habituales, no busca "realidades" que muchas veces no son sino intereses disfrazados.

Desde su cátedra; asume la disputa desde adentro, metiendo estas "realidades" pero ya como realidades reales para disputar acerca de "la construcción del orden" de la ciudad, de la Universidad, de las instituciones. Por eso con Alberto no se llega a acuerdos, se estudia, él dice: que para llegar a una labor interdisciplinaria real, tenemos que partir desde otro punto, desde el generarse. Y sólo así la tarea es fecundada interdisciplinariamente, lo demás son meros consejos.

La manera de enfrentar la realidad y de la forma de llevar un trabajo interdisciplinario, es otra materia que quiero dejar de Alberto en esta plaza, aquí esbozado, pero con Alberto pensando, escrito, vivido a través de proyectos del Centro de Cooperación Social de la U.C.V., del estudio regional de Quillota y otros.

Al revisar, la obra de Alberto, rever sus proyectos, leer sus escritos, difíciles de penetrar, por su lenguaje propio no habitual, porqué él no es habitual, tocando un abanico inmenso de temas, algunos recién abiertos, otros ya recorridos y con obras. Uno se pregunta de dónde le proviene toda esa potencia; de abrir nuevos caminos y de recorrer por ellos. Esque él ha abierto una manera de actuar él ha creado lo que llama la retórica del obrar del arquitecto, lo que permite avanzar en un país como el nuestro, sin mayores tradiciones, sin un mayor patrimonio artístico ni cultural, como país nuevo. Y vemos que esa retórica, se apoya en una actitud del espíritu, que él lo ha liberado, es un don, un don cultivado que es capaz de arrojarlo más allá de sus propias fuerzas.

Ese mismo espíritu y esa retórica lo entrega en su docencia, abriendo una enseñanza única, original, de poner inmediatamente a los alumnos en la materia de la arquitectura, haciéndolo subir a ver la ciudad, observar, traerla al taller colec-
////.

tivo, precisar y clarificar el lenguaje del croquis, aprender a ver, a trabajar el espacio, los actos, todo un proceso de la creación arquitectónica, no se hacen ejercicios: se trabaja en arquitectura. El espacio, se construye en el curso del espacio; se enseña a dibujar como lenguaje propio de los arquitectos, el lenguaje de las formas. Estudia y hace estudiar las técnicas que necesita el arquitecto para sus obras, pero desde las obras, desde la arquitectura, las inscribe en este pensamiento. Crea hábitos y formas de trabajo. Trae a la Escuela todo un ámbito artístico real contemporáneo a través del seminario del ámbito con otros artistas, escultores, pintores, poetas; y lo lleva más allá, a la Universidad toda, a través de su participación y creación del Instituto de Arte.

Alimentándose y alimentando en esta retórica de actuar, va generando y regenerando con otros este don, que lo lleva a recorrer América, a pintar, a construir con cualquier material, a dibujar, a escribir.

Esta misma versatibilidad propia de los grandes arquitectos, es la que un día nos coloca, en una gota de agua y otro en toda América, con la que nos lleva desde la arquitectura al diseño y ver que con la misma fuerza y amor, proyecta y construye una letra, como proyecta y construye una ciudad, vocación avasalladora, libertad del arquitecto que tiene fundamentos donde apoyarse. Hasta dónde esto es un don, hasta dónde una capacidad de observación de expresión o ritmo de trabajo, nos preguntamos en esta plaza.

Esto, y el desaliento provocado por una crisis profunda de la arquitectura en el mundo, a pesar de los fabulosos medios técnicos que se nos ofrecen, hoy hacen que los arquitectos se vuelvan a los que sustentan una opinión fundamentada, por eso creo que este premio que hoy conferimos al profesor Alberto Cruz, es un premio que muestra el desarrollo de la arquitectura en este país, interesado en un real contacto entre un Colegio profesional y las universidades reconociendo ámbitos distintos, pero con un factor común, la arquitectura; fundamentadas ambas instituciones en su propio quehacer son pseudos encuentros, ni extensiones universitarias sino en un dar cuenta real de su labor.

Dejo así apenas iniciado la repercusión y resonancias que tiene el obrar de Alberto Cruz en nuestro ámbito y hoy en esta plaza.

Y lo saludamos con las palabras del poeta: "saludamos al arquitecto, pues hoy contra toda opinión, urge la arquitectura".

"Saludamos al arquitecto cuyo propio obrar se confirma en virtud de tales designios. Designios que trae consigo una firme retórica, cuyo secreto es el siguiente: la traición a la forma viene de adentro y no de afuera".

"Saludamos al arquitecto que así levanta a lugar, los pajos rurales y urbanos".

....

HUGO ROJAS SEPULVEDA
Presidente
Colegio de Arquitectos - V Región

RESPUESTA DEL ARQUITECTO SR. ALBERTO CRUZ
A LAS PALABRAS PRONUNCIADAS POR EL CONSEJO DE LA ORDEN
DEL COLEGIO DE ARQUITECTOS DE CHILE.

¿ Cómo agradecer de un modo no convencional?

Acaso un camino es el siguiente: primero, se repara en algo obvio, y que es que nos encontramos aquí reunidos como Colegio de Arquitectos. Como un Colegio Profesional. Y este preciso hecho puede decirnos algo. Pero, por cierto, no se trata de tocar ahora ni la organización ni la gestación de este Colegio; mas, por otra parte, prescindir de su realidad resultaría una paradoja. Bien; tenemos entonces que ya en el hablar de colegio profesional estamos acentuando un carácter. Esto lo podemos palpar si nos pensamos reunidos en virtud de practicar un mismo oficio, y de ser hombres que se empeñan en guardar ese orden bien definido y establecido que exige un oficio. Sin embargo, vemos que se acentúa lo de ser profesional, lo de profesar, lo de profesar una convicción, lo de dar testimonio de una creencia. Por cierto que profesión y oficio son lo mismo; sin embargo, sus respectivas acentuaciones bien pueden venir esta vez en nuestra ayuda a fin de agradecer de una manera no convencional. Prosigamos, por tanto, dentro de la acentuación profesional.

Ella no puede dejar de encontrarse con un obvio: la arquitectura extiende su campo de acción. Aumentan los tamaños que pueden alcanzar sus obras. Y también -aparentemente- para muchos, los más, aumenta el dominio que se puede lograr sobre lo que se edifica y, aún, la influencia o imperio que se puede ejercer sobre el ámbito circundante u obras más o menos próximas. ¿ Podríamos encontrar una nota que caracterizara esta evolución? Creo que puede ser la siguiente: el ejercicio de la arquitectura se encuentra con que las relaciones entre las magnitudes horizontales y las magnitudes verticales de sus obras exigen -de hecho- diferentes concepciones u operaciones configuradoras. Así, no es exactamente lo mismo concebir, ni -aún- ver o leer las relaciones horizontales-verticales en una casa aislada, en un gran conjunto, en un plan para una ciudad. Por tanto, todo arquitecto - sea cual fuere su formación y orientación - ha de empeñarse en dilucidar la naturaleza y modo de actuar de un pensamiento que reuna estos distintos modos de darse de la relación horizontal-vertical. Ello, bien se entiende, siempre ha sido así. Basta volverse a algo casi obvio: a este Santiago. Antaño también en él se presentaba dicha relación de la horizontal y la vertical en la manzana a la par que en el patio alrededor del cual se desarrollaba el orden de la casa. Y la concepción que se apoyare en el dominio del patio debía intentar reunirse con el orden de la manzana. A su turno, la concepción que partía del imperio de una manzana debía intentar reunirse con el patio.

Bien. Hoy tales intentos no se concentran, como en el Santiago de antaño, sino que se diversifican. Esto es un hecho. Y es ante este preciso hecho que los arquitectos se reúnen para configurar, en común, aquello que tiene de común la práctica de un oficio. Y se reúnen en torno a la profesión en cuanto a profesar. Ello representa una postura. La que, evidentemente, se ubica antes, mucho más atrás que los modos de ser individuales - y aún - que los acuerdos o programaciones colectivas. Se trata, entonces, de una postura que ante la evolución hacia una diversificación, hacia la multiplicidad del ejercicio del oficio, opta por considerar al acto de profesar una creencia como lo

mite máximo a que se puede aspirar cuando se han de reunir - como en este Colegio - muchos arquitectos, vale decir, todos aquellos que, porque se empeñan en profesar una creencia, vienen a diversificarse en sus modos de encarar las cosas. En dicho sentido, la postura de este Colegio se erige como un acto ético. El cual atiende, o mejor dicho, es la atención misma a los hábitos, esas medidas estables, que requiere el oficio. ¿Cómo negar que sea esta atención la creencia que profesamos?

De lo anterior, resulta que este Colegio de Arquitectos representa algo sui-generis dentro de los colegios profesionales. Valga esta comparación: la superficie próxima a un vértice en un rombo, siendo de idéntica naturaleza a la superficie total, representa una peculiaridad: algo sui-generis. Así como uno de esos vértices, viene a ser este Colegio. Es por ello que muchas cosas en él han de traer una nota sui-generis. Así, este premio de una vida dedicada a ...

Cabe entonces preguntarse qué es lo que permite que una vida sea dedicada a un quehacer. Puede responderse lo siguiente: lo que la hace posible es que los padres y hermanos, los amigos y benefactores, los profesores y los jóvenes aprendices que oyen, todos ellos, a la par que actúan en la esfera que le es propia, dan un paso atrás, retroceden a fin de dar lugar. Y porque así dan lugar, ellos son los reales protagonistas de la dedicación de una vida. Reales protagonistas que no saben, ni siquiera saber, de cómo ellos se reúnen entre sí. Ni cómo esa vida dedicada es su reunión. Esto es - cómo negarlo - uno de los hermosos obvios de la condición humana.

Es un misterio. Y por ello se lo celebra. Este premio es, entonces, antes que nada, la celebración de esa reunión a la que ellos dieron cabida.

Celebración que lleva a cabo un Colegio que, una vez más, ha de caer en la cuenta de la postura que lo anima. Pero, ¿no me está ré excediendo al hablar de esta manera? Sin embargo, sólo la arquitectura reúne relaciones tales como las de la horizontal y la vertical con la celebración.

De esta manera, esta casa y aquella manzana de antaño son ellas y no otra casa u otra manzana. Pues las condiciones y circunstancias - ajenas a la celebración - nunca bastan para individualizar una obra arquitectónica.

Celebrar es, así, iluminar un quehacer. E iluminarlo es hacerlo entrar en crisis. Mas, no en una que se pregunte: ¿es la hora de la arquitectura? ¿Puede haberla en este país? ¿Tiene sentido este Colegio? Pues, esas preguntas y sus respuestas vienen y van con los esfuerzos por constituir situaciones estables, estabilizadas. Situaciones que, a mi parecer, confunden aquello de que ella, la arquitectura, simplemente es, y esto otro, de que cada día - nosotros - hemos de hacer de ella un quehacer, nuestro quehacer u oficio.

La celebración dice así de cada mañana. Así, vimos que una mañana nuestro quehacer se diversificó; que una mañana este Colegio lo encaró a través del acto de profesar; que una mañana pensó en celebrar a aquellos que hacían posible destinar una vida. Mañana, porque la arquitectura es, será otra mañana.